

CAPÍTULO XXIX

EL NATURALISMO EN LA NOVELA

Ortega Munilla, Palacio Valdés, Emilia Pardo Bazán, Picón, etc.

No es fácil precisar con acierto los caracteres del innovador sistema literario que, con el nombre de naturalismo, invadió no ha muchos años, como tromba de fuego, los campos de la novela. La vaguedad é inconexión de sus principios le convierten en Proteo multiforme, á quien viste cada cual según su gusto, sin excluir á los fundadores y padres graves de la escuela, que no quieren ó no saben exponer sus doctrinas con la lucidez y la firmeza debidas. Léanse los libros de crítica y las narraciones del mismísimo Zola; compárense con los de sus imitadores, y nadie será capaz de resolver si el naturalismo es una cosa nueva, desconocida hasta nuestros tiempos, ó una resurrección de antiguas teorías, nunca muertas del todo, aunque sí transformadas en el decurso y conforme á las exigencias de cada siglo. Mientras la mayoría de admiradores y adversarios ve en el autor de los *Rougon-Macquart* y de *Pot-Bouille* al representante genuino del arte naturalista, otros comienzan su historia, no ya con Balzac ó con Stendhal, sino con los

creadores del Parnaso helénico, entresacando después lo que más les place en la literatura latina y en las modernas. Tal autor hay entre los del gremio que no teme reprobado en Zola cuanto tiene de más original y característico, y le halla, por otra parte, con facilidad asombrosa un sinnúmero de predecesores, para demostrar así que no es ésta una moda más, sino un conjunto de máximas eternas en cuya observancia estriba la futura regeneración de la novela.

Vaya todo por Dios. Pero entonces no sé á qué vienen esas ínfulas magistrales con que nos habla Zola de su innovación y sus aspiraciones, esa guerra á lo existente propia de revolucionarios anarquistas, ni ese excusado neologismo con que bautizan á su escuela, cuyo prestigio de ayer y descrédito de hoy tiene por causa principalísima, si no única, la versatilidad del público que hace ruido. Algo hay, es cierto, en el descoco de Aristófanes, en las obscenidades de Petronio, en el cinismo de Rabelais y en las audacias descriptivas de Quevedo, que preludia al naturalismo de nuestros días; pero abundan más las distinciones que las semejanzas, y éstas á su vez son muy generales y deficientes. La historia lo dirá muy pronto, cuando haya pasado totalmente el naturalismo; porque pasará sin duda, como pasaron los caprichos clásicos y las turbulencias románticas en un período no muy apartado de nosotros.

Podríamos considerar el naturalismo contemporáneo como conjunción de dos elementos afines: la negación pesimista en el fondo, y la desnudez absoluta en las formas. Cuidando ante todo de *hacer filosofía*, y estableciendo por base el determinismo radical, la transmisión patológica, hereditaria é inconsciente del vicio, estudia la vida con la indiferencia del anatómico que analiza un cadáver, reputando los idealismos de la virtud, del sacrificio y la religión como fantasmagoría y cuento pueril, indignos de figurar en el arte verda-

dero, que se nutre sólo de la realidad. Pese á quien pese, tales son la teoría y la práctica de Zola, por más que traten de suavizarla algunos de sus discípulos con interpretaciones benignas é infundadas. De ahí los desastrosos efectos de la novela naturalista y el inusitado favor con que la recibieron los adalides del positivismo burgués por un lado, y por otro la clase proletaria, que mira en tales libros canonizadas sus utopías y consagrado el culto de la materia.

Ya se entiende que aquí me refiero al naturalismo francés, el imitado entre nosotros; pues en Italia, por ejemplo, reviste una fisonomía distinta, y no se da á conocer tanto en prosa como en los versos de Giosué Carducci y Olindo Guerrini (L. Stechetti). Los españoles no negaron esta vez el asiduo tributo que por costumbre rinden á la moda transpirenaica, y siguieron las huellas de Zola con el mismo entusiasmo que en otros días las de Sué, Dumas y Víctor Hugo. A las traducciones atropelladas y chapuceras se unieron los ensayos de imitación, tímidos y vergonzantes las más veces, algunas desembozados, pero procedentes en parte, por dicha ó desdicha nuestra, de muy ilustre origen.

La pluma hoy ociosa de D. José Ortega Munilla se ejercitó, al par que en trabajos periodísticos, en una serie de narraciones arrumbadas por la indiferencia general ¹. Su filiación naturalista no está siempre definida, y si bien se transluce en lo intemperante y recargado de la pintura, y en ciertos pujos de filosofía transcendental, va contrarrestada por un fondo de candidez infantil y soñadora. Más amigo el autor de los escarceos retóricos que de la descripción tétrica y nauseabunda, no atina á andar con desembarazo por

¹ *La Cigarra*, *Sor Lucila* (continuación de *La Cigarra*), *El tren directo*, *Lucio Tréllez*, *Don Juan Solo*, *Cleopatra Pérez*, *Panza al trote*, *El fondo del tonel*.

los lodazales del sensualismo, y se queda en una situación desairada que le hace molesto cuando pretende agradar, merced á lo monótono y mal escogido de los asuntos, á las oscilaciones funambulescas del relato, y al mismo refinamiento del estilo, con su extraña é intemperante ornamentación.

La Cigarra (1879), libro con que se anunció Ortega Munilla como creador de novelas, sirve de vestíbulo á una segunda parte, *Sor Lucila*, que es la refundición número 1.000 de temas triviales y manoseados, en cuyo desenvolvimiento resaltan la pasión irreligiosa y las vulgaridades de gacetilla. Retroceder hasta la famosa *Melania* y los desahogos antimonjiles del romanticismo, denotará cualquiera cosa menos originalidad y buen gusto, y lo mismo debe decirse de las sosísimas humoradas con que el autor se descuelga á cada paso. De la acción, casi nula de puro sencilla, y de los personajes, que parecen ó espectros ó caricaturas, nada bueno cabe elogiar. Así D. Acisclo Añorbe con su carácter de ogro y sus simplezas de niño, como doña Ana y Víctor, y Sor Lucila y el gigantesco P. Amaro, no se han fundido en el troquel de la realidad viviente, sino en el de una imaginación febril y sin atadero. Este P. Amaro recuerda á los curas gordinflones, idiotas, de sotana raída y llena de rapé, que con variedad de matices suelen prodigar Zola y sus copistas.

Entre ellos se alistó el director de *Los Lunes de El Imparcial*, calcando primero algunos incidentes de *Una página de amor*, y atreviéndose más tarde á espesar las sombras de sus cuadros novelescos, á fundir los colores de su paleta en el negro mate de carbón, y á amasar el cieno corrompido y la podredumbre apestosa de las cloacas sociales. Pero contra el propósito de Ortega Munilla se rebelaron á una su cabeza y su temperamento, hasta convertir esa historia de la prostitución que se titula *Cleopatra Pérez* en borroso mosaico de inexperiencias y contradicciones.

Siempre han caracterizado al autor la falsa riqueza tropológica, los afeites postizos, la dislocación de la frase, y el afán de ver en todas partes más de lo que realmente hay, y de atormentarse á sí mismo y á sus lectores para hallar una comparación inaudita y extraña, un golpe de efecto ó un período estudiadamente musical. Es un Goncourt menos escrupuloso en achaques gramaticales y retóricos que los autores de *Germinia Lacerteux*, y más idólatra aún del colorido, con evidentes reminiscencias castelanas, en que no se fijan, sin duda, los que le elogian por su originalidad. Pocos habrá que sigan sin disgusto en las obras de Ortega Munilla la serie de brillantes vaciedades y recursos pictóricos, con que se esfuerza en suplir la ausencia de más altas dotes y en distraer la atención del objeto principal.

No tiene esas exageradas pretensiones, y es, sin embargo, mucho más auténtico novelista, Armando Palacio Valdés, convertido igualmente al naturalismo, aunque muy á medias y con capitales restricciones. Observador minucioso y atento de la realidad, algo filósofo y humorista, enemigo de tramoyas y complicaciones, hasta pecar por el extremo contrario de la sencillez nimia; psicólogo y pintor de la naturaleza externa, á partes iguales; tal se viene manifestando desde su primer tentativa novelesca ¹ este hijo de Asturias, naturalizado en tierra sajona por excepcional privilegio entre autores españoles.

Marta y María ² representa la lucha entre el idealismo de la virtud y las conveniencias de la vida práctica, entre la virginidad religiosa y el amor humano, personificados respectivamente en las dos heroínas de la novela. El Sr. Palacio Valdés ha caído, al hacer el

¹ *El señorito Octavio, novela sin pensamiento transcendental*. Madrid, 1881.

² Barcelona, 1883.

retrato de María, en grandes errores, inevitables casi para los profanos (y peor si son incrédulos) que intentan penetrar hasta sus intimidades en el santuario del misticismo; pero, con honradez y delicadeza dignas de elogio, huyó de las infames caricaturas que tanto privan actualmente. Harto más enterado que Palacio Valdés en el asunto, y con la aptitud que pueden dar estudio é ingenio reunidos, no acertó Valera á evitar en *Pepita Jiménez* y *Doña Luz* esas irremediables faltas que notamos en *Marta y María*. Por lo demás, y aparte los reproches que de suyo merece el género, no es este libro de lo peor que cabe dentro de él, ni carece de espontaneidad y brío en la narración, aun descontando las bellezas que pudiéramos llamar episódicas.

El *Idilio de un enfermo* despide ya un perfume acre y malsano, viniendo á ser en definitiva una historieta repugnante con toques acertados. En el ánimo del autor deslizáronse por esta vez los halagos de sirena con que le brindaban las aficiones dominantes, y se dejó arrastrar por ellas mucho más allá de lo justo, aunque la seducción no se prolongó, como era de temer.

Por fortuna, el perspicaz instinto de Palacio, su variada complexión artística y su empeño de no someterse al yugo de un gremio ó comunión cerrados, le abrían camino expedito donde ensayar su espontáneo y modesto numen de novelador. Persuadióse una vez más de que en el corazón humano no vibra únicamente la cuerda del amor fisiológico y bestial, sino también las de pasiones generosas y purísimas, y á riesgo de que le rechazaran los fanáticos de Zola por soñoliento y cursi, ó quizá por apóstata y retrógrado, escribió un idilio de verdad, impregnado de castísimas terhuras ¹, y considerablemente obscurecido por los incomparables fulgores de *Sotileza*, con la cual vino á darse la

¹ *José, novela de costumbres marítimas*. Madrid 1885.

mano en el orden cronológico de aparición. Intérnase Palacio, al igual que Pereda, por los panoramas del mar y de la costa, y estudia con cariño las costumbres de un pueblo de pescadores, y una historia ordinaria de novios contrariados, que sirve de tema fundamental. Las luchas de José, el protagonista que da nombre á la novela, con el cancerbero de su madre, con los rigores de la suerte y con la furia de las olas, para conseguir la mano de su adorada Elisa, y el heroísmo con que sufre, y se resigna, y triunfa de la adversidad, prestan á la novela un matiz épico, combinado con la exactitud realista, y embellecido por la aureola del sentimiento religioso.

Redúcese la labor de Palacio á cortar de la inconmensurable tela de la realidad heterogéneas porciones, de urdimbre basta ó fina, suaves ó ásperas, según el orden con que se le entran por los ojos y solicitan el bordado de la fantasía y de la pluma. Con semejante plan se explican los aciertos y desaciertos del novelista asturiano, la encontrada índole de sus obras y el interno vínculo de unidad que mutuamente las aproxima. Añádanse á esto la lentitud calculada y complacencia morosa con que Palacio desenvuelve los argumentos, multiplicando sin prisa las páginas, deteniéndose en preliminares, rondando el conflicto y espaciándose en él una vez que se presenta, aplazando la solución hasta que se cae de su propio peso; añádase, por otro capítulo, el tacto singular para cubrir con luminosos y transparentes velos de poesía los seres y las escenas más humildes, y la prosa de la ordinariez familiar más adocenada, y tendremos en la mano la clave para darnos cuenta de por qué seducen y por qué cansan los cuatro tomos de *Riverita y Maximina*. La observación puede extenderse á *El cuarto poder* y á las novelas anteriores y posteriores de Palacio, aunque no en la misma medida.

Confírmense las inducciones anteriores con el pro-

grama ó profesión de fe que va al frente de *La hermana de San Sulpicio*¹, y en el cual, á vuelta de indefendibles paradojas que no es del caso discutir, se retratan fidelísimamente el espíritu y los procedimientos del autor. La obra de suyo representa un grado máximo de tensión en las facultades creadoras del novelista, y el esfuerzo más vigoroso de que han sido capaces hasta la fecha; es la reproducción vivaz y caliente de las impresiones que deja en la retina de un hijo del Norte el mágico panorama de las pompas y esplendores meridionales. Al referir los amores del poeta gallego Zeferino Sanjurjo con la sevillana Gloria Bermúdez, ha transfundido Palacio en el primero su propia alma y sus sentimientos y lenguaje, eligiendo para el caso, como más adecuada é impersonal, la forma de autobiografía. Ningún andaluz de nacimiento hubiese descrito el cielo, el paisaje y las costumbres de su país con la sinceridad reflexiva y la apasionada emoción que el héroe de *La hermana de San Sulpicio*, de cuyo relato se destaca la ciudad del Guadalquivir como una joven hechicera y juguetona, ya ceñida con el manto de polvillo de oro que le regala el sol, ya bañándose en las aguas de su opulento río, ya modulando canciones y endechas de amor al sonido locuaz y melancólico de sus guitarras. El patio y la reja, el día y la noche de aquel clima voluptuoso, los encantos poéticos, el cinismo desfachatado y la superficialidad característica de sus moradores, encuentran en Zeferino Sanjurjo, ó más bien en Palacio Valdés, un pintor entusiasta, pero sobrio, original y concienzudo.

Tales elogios se contrapesan con las severísimas censuras á que son acreedores el tono de ironía voltariana reinante en muchos pasajes, no sólo opuestos á la Religión, sino á la Estética y á la verosimilitud; el bailoteo de Gloria delante de su novio siendo aún

¹ Madrid, 1889. Dos tomos.

monja, y la tendencia á poner en caricatura del modo más bufo y desdichado la vida de convento y la autoridad maternal, harto justificadas en la narración por las travesuras de aquella jovencuela casquivana y caprichosa. Si *La hermana San Sulpicio* tuviera segunda parte, el mismo novelista hubiese señalado probablemente las malas consecuencias del matrimonio entre Gloria Bermúdez y su adorador.

Con *La Espuma*¹ y *La Fe*², novísimos engendros de Palacio Valdés, ha sufrido rudo golpe su fama de autor sensato é independiente, por entrometerse á pintar medios sociales que no conoce, y echarla de secretario impenitente, rabioso y pérfido. Para satirizar los vicios aristocráticos se necesitaba un libro de mayor empuje que la galería de miserables, convencional y fantástica, de *La Espuma*. En cuanto á la defensa del ateísmo ramplón, denominada *La Fe* por antífrasis, y que debería estar ilustrada con los cromos chillones de *El Motín*, sólo he de apuntar que el cura predilecto del novelista, entre los muchos que presenta, es un majagranzas ignorante que desconoce las más elementales nociones de Geografía y estudios bíblicos, un beato que se hace incrédulo á las primeras de cambio, y vuelve á su primitivo ser porque sí, porque le da un vuelco el corazón; un mártir sandío que se deja engañar por una histérica mojjigata, y va á dar con sus inocentes huesos en el presidio, donde le deja encerrado el inventor de este melodrama sainetesco.

Y vamos ya á la figura más excelsa del naturalismo español. A tiriós y troyanos extrañó, y mucho, que una escritora como la que trazó las páginas idealistas y católicas de *San Francisco de Asís*³, sin renegar de

¹ Barcelona, 1892. Dos tomos.

² Madrid, 1892.

³ En los *Apuntes autobiográficos* que sirven de preliminar á *Los Pazos de Ulloa*, no consigna doña Emilia Pardo Bazán el lu-

sus ideas, y casi casi en nombre de la virtud y de la sana literatura, saliese á defender el atacado sistema, así con la teoría como con la práctica. El entusiasmo de doña Emilia Pardo Bazán no le impide estigmatizar el determinismo y otros errores capitales de Zola, estando por otro lado libre de ellos la mayor parte de sus novelas. ¿Quién sabe si la moda, y no el convencimiento firme, habrá arrastrado su poderosa inteligencia, cuando tales vacilaciones y tan escasa uniformidad encontramos en sus procedimientos? Por de pronto, la señora Pardo Bazán ha manifestado más de una vez que no quiere figurar en este ó el otro grupo determinado, que en materia de realismo simpatiza con la tradición española, que le repugna la estrechez de las imitaciones vulgares, y, por fin, que á diferencia de sus congéneres, no gusta de falsificar la naturaleza, presentando sólo su parte deforme, sino de reproducirla toda entera con sus infinitas variedades, apartándose

gar y la fecha de su nacimiento: fué el primero la Coruña (señalado en las novelas de la autora con el nombre poético de *Mari-neda*), y corresponde la segunda al día 16 de Septiembre de 1851. Sus ingénitas aficiones literarias se tradujeron en unos versitos inspirados por los triunfos de los españoles en Marruecos, y la hacían devorar con impaciencia cuantos libros llegaban á sus manos. Casada en 1868, trasladóse con su familia á Madrid, donde presenció los excesos revolucionarios y brilló en los salones de la aristocracia, preocupándose más con la política y los teatros, que con el estudio. Después de la caída de Amadeo hizo un viaje por Francia, Inglaterra é Italia, fecundándose por este medio en su alma los gérmenes del apasionamiento artístico, que, antes de cuajar en flores y frutos, fueron sometidos á una atmósfera de severidad intelectual y de educación científica y razonada. En 1876 inició la serie de sus publicaciones con el ensayo sobre el P. Feijóo, premiado en un certamen de Oviedo, y al que siguieron muchos artículos insertos en *La Ciencia Cristiana*, de Madrid. Desde este período han cambiado notablemente las ideas de la señora Pardo Bazán en política y en literatura, pues en punto á religión no hay motivo razonable para poner en tela de juicio su ortodoxia católica, cualesquiera que sean las audacias de su pluma: la intransigencia carlista y el idealismo pudoroso sí que son para ella dos antiguallas que ha repudiado definitivamente. Al fijar su residencia en Madrid ha asegurado su influjo sobre las letras con la fundación del *Nuevo Teatro Crítico* y las tertulias de escritores y artistas que congrega en su morada.

así también de las que estima candideces del idealismo.

Parece mentira, pero en el primer ensayo con que se dió á conocer la renombrada escritora como novelista ¹, se encuentran más candideces de esas que en Víctor Hugo, Alarcón y Julio Verne. ¿Qué hay, en cambio, de común entre el alumno de Medicina que se enriquece con el diamante obtenido por su sabio profesor á costa de la vida, y arrojado en un pozo por la novia de Pascual López, para abandonarle y encerrarse en un convento; que hay, repito, de común entre este héroe fantástico y los de Zola, por no decir nada de aquel anacrónico alquimista á quien la autora, mal enterada de su fe de bautismo, hace vivir después de Lavoisier y Dumas, debiendo de ser por las señas anterior en no sé cuantos años? El tal doctor O'naír, Paracelso del siglo XIX, pertenece á la familia de los Gilliat y los Ruricos de Calix, hijo de una imagigación exaltada y potentísima. Hay en *Pascual López* flacos evidentes, fruto de la inexperiencia; pero muestra asimismo todas las buenas cualidades que de entonces acá han distinguido á la autora: maestría en la composición, recursos descriptivos inagotables, rapidez, donaire y tersura en el estilo, aunque á veces adolezca de amanerado y arcaico.

La obra, con ser buena, prometía otras mejores, y muy pronto vino, en efecto, á eclipsarla *Un viaje de novios* ², en que la dosis de naturalismo ha de ser homeopática, según han tardado en descubrirla críticos tan sagaces como interesados en el asunto. Algo demuestran en contrario el tono general de incipiente pesimismo, y tal cual escena de subido color entre las últimas; pero todos éstos son muy leves indicios, y

¹ *Pascual López. Autobiografía de un estudiante de Medicina.* Madrid, 1879. Antes se había publicado en la *Revista de España*.

² Madrid, 1881.

acaso podrían encontrarse otros más claros en la prolijidad y corte de las descripciones, y en ciertas cualidades de forma exterior que, no por lo insignificantes, dejan de ser características. De la forma exterior proceden, efectivamente, los encantos y las imperfecciones de esta novela, en la que su autora aspiró más á escribir bien que á conmover mucho. Los personajes no son aquí lo principal; son los *motivos* sobre que versan interminables y armoniosas melodías semipoéticas, en que está calculado el efecto rítmico y explotados los recursos con que la palabra puede suplir el sonido musical y los colores de la paleta. La acción entretanto se interrumpe y pierde de vista, y sólo cuando le parece bien á la autora viene á reanudarse, para terminar en aquel desenlace que no era difícil prever, y que separa á los recién casados por una fatal combinación de circunstancias sobria y discretamente referidas antes, contra lo que aconseja y practica el naturalismo.

De él habla en el prólogo la señora Pardo Bazán; pero en un sentido tan amplio y general, que ni por asomo denota afición determinada á Zola ni á ningún otro modelo extraño. No es tan indeterminado el carácter de *La tribuna*; aquí sí que hay situaciones pintantes, lenguaje atrevido y populachero, ambiente naturalista de verdad, denunciando á leguas su filiación y origen, que nadie puede desconocer. Gracias al buen instinto y á las ideas de la autora, no desciende la heroína tan bajo como las del figurín parisiense; no es una máquina de carne animada, sin otro destino que el placer y el padecimiento físicos.

Segundo, el protagonista de *El cisne de Vilamorta* ¹, sensible y amartelado imitador de Bécquer, el amado, no amante, de la infelicísima Leocadia, tiene de romántico menos de lo que teme la autora; y en todo

¹ Madrid, 1885.